


# *Fear of the Dark*: Miedo y caos en las Epípolas

Marc Mendoza

Universitat Autònoma de Barcelona

marc.mendoza@uab.cat

 0000-0001-7891-3553



© del autor

Recepció: 17/10/2024

Aceptació: 01/03/2025

Publicació: 22/12/2025

**Citació recomendada:** MENDOZA, M. (2025). «*Fear of the Dark*: Miedo y caos en las Epípolas». *Faventia*, 47, 27-47. <<https://doi.org/10.5565/rev/faventia.203>>

## Resumen

La batalla de las Epípolas (413 a.n.e.) es el único caso de una batalla nocturna a gran escala en la Grecia clásica. En este artículo se quiere subrayar el importante impacto psicológico que tuvo para el bando ateniense una situación tan estresante y angustiante como la sufrida en las Epípolas, plasmada muy vívidamente en el relato de Tucídides.

**Palabras clave:** Epípolas; *nyctomachia*; pánico; expedición siciliana; Demóstenes

**Abstract.** *Fear of the Dark: Fear and Chaos at the Epipolae*

The Battle of the Epipolae (413 BCE) is the only case of a large-scale night battle in classical Greece. This article aims to highlight the important psychological impact that a situation as stressful and distressing as the one suffered at the Epipolae, vividly captured by Thucydides, had for the Athenian side.

**Keywords:** Epipolae; *nyctomachia*; panic; Sicilian expedition; Demosthenes

## Sumario

- |                                 |                            |
|---------------------------------|----------------------------|
| 1. La guerra nocturna en Grecia | 4. Pánico nocturno         |
| 2. La batalla: fuentes y hechos | 5. Conclusiones            |
| 3. Caos nocturno                | Referencias bibliográficas |

Sin duda alguna, la expedición a Sicilia supuso uno de los más sonoros fracasos de la historia militar de Atenas. Aunque resulta complicado determinar en qué momento exacto se truncó la situación irreversiblemente, la batalla de las Epípolas sí que fue la última gran ofensiva ateniense para tratar de imponerse a los siracusanos y

a sus aliados, tras la cual las tropas abandonaron toda esperanza de victoria y solo albergaron la de volver a salvo a casa. Por su desarrollo, en ocasiones se ha considerado que este enfrentamiento constituye una versión a menor escala del devenir de los atenienses en su expedición siciliana<sup>1</sup>. El enfrentamiento en las Epípolas no fue únicamente una crucial derrota militar, sino que supuso una experiencia altamente estresante, desmoralizadora y, probablemente, traumática para los derrotados atenienses por la excepcionalidad de sus circunstancias: fue una *nyctomachia*, una batalla nocturna.

## 1. La guerra nocturna en Grecia

Si bien las Epípolas no fue la única operación militar que se ejecutó bajo el amparo de la oscuridad, sí que representa el único ejemplo de gran batalla nocturna. W.K. Pritchett recoge hasta 77 casos de operaciones nocturnas en las fuentes para la Grecia clásica<sup>2</sup>. Sin embargo, ninguno de ellos puede equipararse a lo sucedido en las Epípolas. La gran mayoría de episodios suponen asaltos o huidas de ciudades o de posiciones fortificadas. En el caso de los ataques, en la gran mayoría jugaron un papel importante los traidores que permitieron a los sitiadores penetrar en la plaza aprovechando la oscuridad<sup>3</sup>. Por otro lado, casi todos estos episodios comprendieron a un número relativamente reducido de tropas<sup>4</sup>, muchos menos efectivos que los implicados en la ofensiva en las Epípolas. Existen algunos casos, como el de Brásidas en Potidea<sup>5</sup> o el de Gilipo contra los propios atenienses en Siracusa<sup>6</sup>, en que podrían haberse ideado planes a una mayor escala, pero su pronta cancelación y la insuficiencia de datos más concretos impiden asegurar tal punto. En todo caso, no llegaron a ejecutarse

1. BIFFIS (2008: 92); HORNBLLOWER (2008: 618).

2. PRITCHETT (1974: 164-69).

3. En Tucídides encontramos diversos ataques facilitados por traidores: el de los tebanos a Platea (II.2.1-4; cf. Aen.Tact. II.3-7), el de los atenienses en Mégara (IV.67), y Brásidas en Anfípoli (IV.103.4-5) y en Torone (IV.110-112). También Teutíaplo, al proponer un plan para tomar Mitilene de noche, contaba con conseguir ayuda interna (III.30.3). Asimismo, Diodoro recoge la toma beocia de Heraclea (XIV.82.6) y la lacedemonia de Lequeo (XIV.86.3).

4. Heródoto (VIII.27.3-4; *infra*) al relatar la estratagema de los focidios contra los tesalios habla de un contingente de seiscientos hombres. Tucídides (II.2.1-4) aporta la cifra de trescientos hombres en la toma de Platea. Para Torone, este mismo autor (IV.110-12) habla de siete soldados de infantería ligera (inicialmente habían sido designados veinte) que entraron en la ciudad, y de un grupo de cien peltastas, que fueron la avanzadilla una vez les abrieron las puertas. Al informar del asalto de Dionisio sobre Siracusa, Diodoro (XIII.113) detalla que lo hizo al mando de cien soldados de caballería y seiscientos de infantería. Ese mismo tirano, en su ataque a Motia, envió inicialmente a un grupo de tropas de élite, aunque una vez iniciada la ofensiva se sumaron más efectivos (D.S. XIV.52.5-7). Para el ataque de Nipsio y los mercenarios sobre Siracusa, Diodoro (XVI.18.4-19.4) tampoco especifica una cifra, pero sí que dice que el primer asalto contra el muro solo lo perpetraron los más valientes de sus hombres.

5. Th. IV.135.1. Brásidas consiguió acercar una escala a las murallas, pero su intento fue detectado por los centinelas, lo que le obligó a abortar la empresa.

6. Th. VII.4.2. Gilipo intentó sorprender a los atenienses, pero estos lo detectaron y salieron a su encuentro. Gilipo desistió antes de llegar a entablar combate.

completamente y, por tanto, no niegan la excepcionalidad de nuestro episodio. Más allá de estos asaltos, encontramos algunos ejemplos de marchas de tropas que aprovechaban el amparo de la noche para desplazarse y sorprender a sus enemigos. La gran mayoría de generales, empero, preferían esperarse al alba para iniciar sus ataques<sup>7</sup>. Las acciones enteramente nocturnas no pasaban de escaramuzas<sup>8</sup>, y los enfrentamientos hoplíticos se demoraban hasta que llegase la luz del día<sup>9</sup>. Más que una realidad práctica, la *nyctomachia* no pasó de ser una poderosa idea, más literaria que histórica<sup>10</sup>.

Aunque, como hemos visto, los griegos practicaron ampliamente diferentes tipos de acciones bélicas durante la noche, sobre ellas pesa un cierto rechazo moral. En una célebre anécdota, Alejandro se negó a seguir el consejo de Parmenión en Gaugamela, quién le sugería aprovecharse de la oscuridad para atacar a los persas<sup>11</sup>. Más que el uso puntual de la noche con fines militares, es posible que lo que realmente era visto como condenable fuese que formaran parte del repertorio habitual de algunas comunidades durante la guerra, como los cretenses<sup>12</sup>. Aparte de estos, el recurso a la oscuridad fue asociado a pueblos bárbaros, como los tracios<sup>13</sup>, los escitas<sup>14</sup>, los carios<sup>15</sup> y los cartagineses<sup>16</sup>. Así pues, el uso reiterado de los ataques nocturnos constituía otro de los elementos sobre los que se construía la alteridad entre los griegos, con lo que, en parte, esto podría explicar la falta (o la supresión) de ejemplos de estos combates en la historia helénica.

Por otro lado, un ataque nocturno comportaba unas dificultades prácticas que quedan claramente ejemplarizadas en las descripciones de la batalla de las Epípolas. Por todo ello, que un estratega griego decidiese efectuar un ataque de esas dimen-

7. En Tucídides encontramos, por ejemplo, los casos de Idómene (III.112-13; *infra*) o de Mégara (IV.67). PRITCHETT (1974: 160-62) recopila diecisiete ejemplos de ataques al amanecer, aunque excluye el de Mégara, además del de Esfacteria (IV.31). Cf. ROISMAN (1993: 59); HORNBLLOWER (1996: 189); VAN WEES (2004: 132).
8. No se puede calificar de otra manera el ataque de los melios al muro de asedio ateniense en que mataron a algunos hombres y cuyo objetivo prioritario fue permitir la entrada algunos víveres a la ciudad sitiada (Th. V.115.4). Véase GOMME *et al.* (1956b: 189); HORNBLLOWER (1996: 253).
9. Agis aprovechó una noche sin luna para salir de Decelia con el objetivo de tomar Atenas al mando de unos treinta mil hombres. Durante la noche, solo atacó a los centinelas, pero dio un fuerte golpe psicológico a los atenienses cuando vieron ante sus muros al ejército enemigo perfectamente formado al alba. No fue hasta entonces que los primeros enfrentamientos tuvieron lugar (D.S. XIII.72.3-9).
10. DOWDEN (2010: 110-12).
11. Arr. An. III.10; Curt. IV.13.3-10; Plu. *Alex.* 31.11-12.
12. Véase Plb. IV.8.11, en que se contraponen claramente el comportamiento ejemplar en la guerra de macedonios y aqueos frente a los tramposos cretenses (cf. XIII.3.2-5).
13. Hdt. VI.45; X. An. VII.2.22; Polyæn. II.2.6, 10.
14. Hdt. IV.128.3; cf. IV.135.
15. Hdt. V.121. En los pasajes de Heródoto aquí citados, las víctimas de estos ataques fueron los persas. De hecho, a los persas se les consideraba especialmente temerosos de todo combate nocturno. Jenofonte (*An.* III.4.34-35) señala que los persas intentaban acampar a no menos de sesenta estadios de los griegos por temor a un ataque; cf. BOSWORTH (1980: 296); BRIANT (2002: 537).
16. En los conflictos entre cartagineses y griegos aparecen algunos ataques nocturnos perpetrados por ambos contendientes: D.S. XIV.54.2-3, 75.7-8. Se pueden considerar más bien razias o incursiones. Véase PRITCHETT (1974: 171, n. 36).

siones durante la noche era bastante excepcional y debía tener la certeza de que las ventajas derivadas del factor sorpresa serían mayores que las limitaciones generadas por las dificultades inherentes a este tipo de ofensiva.

## 2. La batalla: fuentes y hechos

La batalla, así como los hechos anteriores y posteriores a ella, se encuentran recogidos, fundamentalmente, por tres fuentes: el libro séptimo de Tucídides, la *Vida de Nicias* de Plutarco y el decimotercer libro de Diodoro Sículo. El relato del historiador ateniense es, sin duda, el más detallado y el que pone más énfasis en trasladar esos sentimientos de terror y confusión sufridos por las tropas atenienses en la batalla de las Epípolas. Por su parte, aunque fue discutido en el pasado, ahora comúnmente se acepta que Plutarco basó su retrato de Nicias en el texto de Tucídides. Paralelamente, el autor de Queronea parece que usó algunas fuentes complementarias, entre las que destacan los sicilianos Filisto de Siracusa y Timeo de Tauromenio<sup>17</sup>. Por último, las fuentes de Diodoro resultan menos claras. Si bien Éforo es fundamental para los hechos de Grecia y el Mediterráneo oriental en la obra diodorea, resulta más complicado asegurar cuáles fueron las empleadas para los asuntos concernientes a Sicilia y la Magna Grecia. Entre los autores que se han postulado como fuentes para los asuntos de los griegos occidentales encontramos a los mencionados Filisto y Timeo, además de Polibio<sup>18</sup>.

El ataque que provocó la confrontación en las Epípolas tuvo lugar en julio del 413 a iniciativa del general ateniense Demóstenes<sup>19</sup>. Este había llegado recientemente a Sicilia, al mando de 73 naves y unos cinco mil hoplitas atenienses y aliados, además de un contingente indeterminado de jabalineros, honderos y arqueros<sup>20</sup>. Demóstenes debía compartir el mando con un Nicias algo minado de salud (y de moral). La situación en la isla era adversa para los intereses de Atenas tras una serie de éxitos siracusanos, que ahora llevaban la iniciativa<sup>21</sup>. La entrada de la flota de Demóstenes, a la cual se había unido el grupo de Eurimedonte, parecía concebida para dar un golpe de efecto, tanto frente a los alicaídos atenienses como ante los eufóricos siracusanos<sup>22</sup>. Demóstenes pretendió capitalizar rápidamente ese impacto moral y recuperar la iniciativa perdida, beneficiándose de un cierto aturdimiento que se había extendido entre las tropas sicilianas y de los ánimos renovados en las

17. Véase, por ejemplo, FLACELIÈRE y CHAMBRY (1972: 129-43); PICCIRILLI (1990a, 1990b); PELLING (1992); MUCCIOLI (2000); CANDAU (2004-2005).

18. Para no extendernos con la bibliografía, remitimos al resumen presente en STYLIANOU (1998: 49-84).

19. Posiblemente el mejor análisis sea ROISMAN (1993: 52-70). Sobre el estilo narrativo de Tucídides, véase PAUL (1987).

20. Th. VII.42.1; Plu. *Nic.* 21.1-2; D.S. XIII.11.1. Véase GOMME *et al.* (1956b: 386-87, 396, 419); WESTLAKE (1968: 367-68); HORNBLLOWER (2008: 557-58, 578, 618-21, 1061-65).

21. Th. VII.21-25, 36-41; D.S. XIII.9.3-10.6.

22. El que más enfatiza la espectacularidad y el efectismo de la llegada de los refuerzos es Plutarco (*Nic.* 21.1-2). Diodoro (XIII.11.1-2) y Tucídides (VII.42.1-2) son más comedidos, pero sin dejar de subrayar el importante efecto moral que provocó su aparición.

atenienses<sup>23</sup>. A ojos de Demóstenes, las Epípolas parecían el mejor objetivo para conseguir una victoria que pudiera acortar notablemente la guerra<sup>24</sup>.

Las Epípolas eran un lugar escarpado de difícil acceso que se elevaba justamente sobre la ciudad de Siracusa. Los atenienses las habían perdido un tiempo atrás tras una ofensiva de Gilipo<sup>25</sup>. Allí los siracusanos habían construido una contramuralla que truncaba el asedio ateniense e impedía que pudiesen cercar totalmente la ciudad<sup>26</sup>. La toma de la cuesta de las Epípolas y el campamento de los defensores permitiría a los atenienses capturar el muro de cerco, lo que les colocaría en una posición inmejorable para obtener la rendición de Siracusa<sup>27</sup>. Tras constatar por las malas las pocas posibilidades de éxito que tenía su plan a la luz del día<sup>28</sup>, Demóstenes tomó la arriesgada decisión de acometer el asalto al abrigo de la noche.

Demóstenes se encaminó hacia las Epípolas con el grueso de su ejército<sup>29</sup> a través de una ruta inesperada para aumentar el factor sorpresa<sup>30</sup>. En un primer momento, el osado plan de Demóstenes tuvo éxito. Tomó la primera fortificación en el Eurielo y acabó con algunos siracusanos, aunque la mayoría de los defensores consiguió huir, gracias, precisamente, a la oscuridad. Esos supervivientes pusieron en alerta a los tres campamentos apostados en las Epípolas y a una fuerza avanzada de seiscientos hombres que guardaba esa parte del enclave. Así pues, el principal as de los atenienses, esto es, el factor sorpresa, había desaparecido. Pese a ofrecer una férrea resistencia, esa primera fuerza siracusana de seiscientos soldados fue igualmente derrotada, mientras que otra parte del contingente ateniense logró derribar un tramo de la contramuralla. Inicialmente, las fuerzas de Demóstenes consiguieron asimismo rechazar a los primeros enemigos procedentes ya de los campamentos. Todo ello envalentonó a los atenienses, que decidieron seguir avanzando para evitar cualquier reagrupación de los enemigos. No fue un avance ordenado y ello permitió que un pequeño contingente beocio<sup>31</sup>, aliado de Siracusa, frenase ese embate e hiciese retroceder a parte del ejército atacante.

Fue entonces cuando la situación se tornó en contra de los intereses atenienses y la ofensiva se convirtió en un auténtico caos. Cualquier posibilidad de un ataque organizado por parte de los hombres de Demóstenes se desvaneció. Si bien algunos

23. Th. VI. 49.1-2. Véase THOMPSON (1971: 144-49).

24. Th. VII. 42.3-5; Plu. *Nic.* 21.3-6. Como señala ROISMAN (1993: 56-58), desconocemos si los motivos que Tucídides atribuye a Demóstenes están influenciados por el desarrollo posterior de los hechos. Sin embargo, parecen bastante plausibles y posiblemente se acerquen bastante a la realidad.

25. Th. VII.6-7; D.S. XIII.8.1-2.

26. Th. VI.96, VII.4.1. Véase HORNBLLOWER (2008: 524).

27. ROISMAN (1993: 56-57) baraja los diferentes cursos de acción que podían tomar los atenienses, incluyendo una posible vuelta a casa, descartada inmediatamente. Las otras dos opciones presentadas son la reconquista de Plemirio y un enfrentamiento naval. Cf. LIEBESCHUETZ (1968: 293); CONNOR (1984: 191-92).

28. Th. VII.43.1. Véase HORNBLLOWER (2008: 623-24).

29. Diodoro (XIII.11.3) da la cifra de diez mil hoplitas y otros tantos soldados de infantería ligera.

30. ROISMAN (1993: 60); HORNBLLOWER (2008: 625). Las fuentes para este enfrentamiento son Th. VII.43-44; D.S. XIII.11.3-5; Plu. *Nic.* 21.7-11.

31. Ese escuadrón beocio estaría compuesto por trescientos hombres (Th. VII.19.3, 25.3). Diodoro (XIII.11.4) atribuye en parte el mérito al cuerpo de élite de Hermócrates.

soldados no habían sido derrotados y seguían adelante, gran parte de la primera línea había dado marcha atrás tras el éxito beocio. Los combatientes del ejército ateniense que todavía no habían podido acercarse al lugar de la batalla desconocían la situación exacta de la vanguardia, que retrocedía ante el creciente empuje del bando siracusano, ahora envalentonado por el giro de los acontecimientos. Los atenienses que huían se vieron aprisionados entre la línea siracusana y unos compañeros que, por culpa de la oscuridad, eran incapaces de reconocerlos y los identificaban como enemigos. Como veremos, la cacofonía aumentó la confusión y el pánico en las filas atenienses. No obstante, bastantes soldados trataron de escapar a través de las escarpadas laderas de las Epípolas, pero el desconocimiento del terreno provocó que muchos no pudieran esquivar la muerte. Algunos no se despeñaron y lograron llegar al campamento, pero otros no encontraron el camino de vuelta y fueron fácil presa de los jinetes siracusanos al llegar el día. Las pérdidas atenienses fueron considerables tanto en hombres como en armas extraviadas<sup>32</sup>.

Tras esta derrota, los generales mantuvieron posturas encontradas acerca de cómo proceder<sup>33</sup>. Demóstenes era partidario de ordenar la retirada, siguiendo un curso de acción ya anunciado cuando se decidió el asalto nocturno a las Epípolas —o, al menos, trasladarse, cejar en el asedio y adoptar otra estrategia<sup>34</sup>—. En contraposición, Nicias abogaba por mantener el cerco sobre Siracusa, dado que aún disponían de trirremes y soldados suficientes, y que no quería verse expuesto a un juicio por parte de sus compatriotas si decidían volver por iniciativa propia. Inicialmente, la postura de Nicias fue la que prosperó y los atenienses permanecieron en el mismo sitio<sup>35</sup>. Sin embargo, la llegada de más aliados del bando siracusano y el empeoramiento de la situación sanitaria en su propio campamento, con el consiguiente aumento de la desmoralización y el descontento entre sus tropas, provocaron que Nicias diera su brazo a torcer y se emprendiese una retirada que se vio retrasada por un ominoso eclipse<sup>36</sup>.

### 3. Caos nocturno

En los dos siguientes apartados nos detendremos a estudiar las sensaciones que acuciaron a las tropas atenienses en medio del combate en las Epípolas: desconcierto y miedo. Inicialmente, el desconcierto afectaba a los defensores e hizo que el contraataque de los siracusanos y los hombres de Gilipo fuera poco exitoso<sup>37</sup>. Para describir el estado mental de los defensores, el autor usa un participio del verbo

32. Tucídides (VII.45.2) no concreta una cifra de muertos, pero sí que señala que fue notable. Por su parte, Diodoro (XIII.11.5) cuantifica los caídos del bando ateniense en 2.500, mientras que Plutarco (*Nic.* 21.11) los rebaja a dos mil.

33. CONNOR (1984: 193-94).

34. Además de una razón estratégica, tras la decisión de trasladar el campamento había una cuestión sanitaria. Las fuentes concuerdan que se había extendido alguna enfermedad vinculada al territorio pantanoso e insalubre que ocupaban.

35. Th. VII.47-49; D.S. XIII.12.1-3; Plu. *Nic.* 22.1-4. Véase WESTLAKE (1968: 197-99, 271-72); GOMME *et al.* (1970: 424-27); THOMPSON (1971: 142-44); HORNBLLOWER (2008: 631-34).

36. Th. VII.50.3-4; D.S. XIII.12.4-6; Plu. *Nic.* 22.5-23.1, 23.7-24.1; *infra*.

37. Th. VII.43.6.

ἐκπλήσσω, que puede significar ‘estar desconcertado’, pero también ‘estar asustado’. Así pues, podría estar introduciendo ya la noción del miedo, si bien aún entre los siracusanos. Este desconcierto (o miedo) cambió de bando con la providencial intervención del escuadrón beocio. En este punto, Tucídides (VII.43.7) introduce la noción de desorden para describir el temerario avance de los atenienses con el término ἀταξία. Así pues, la primera aparición del descontrol es causada por los propios atacantes y este desorden es contrastado con el orden de los beocios, que consiguieron mantener la línea (ἀντέχω). Esa idea de orden aparece todavía con mayor énfasis en el texto de Plutarco (*Nic.* 21.8), que introduce el detalle visual de las «lanzas en ristre». Por tanto, la disciplina de unos en conjunción con la indisciplina de los otros consiguió que el desconcierto y el miedo pasaran de bando, y se trasladaran del siracusano al ateniense. Esta idea de la contraposición entre orden y desorden se mantendrá a lo largo del subsiguiente relato.

Como decíamos, la intervención beocia supuso el punto de inflexión de la batalla. La enorme confusión que se generó a partir de entonces en el transcurso de la confrontación provoca que el propio Tucídides (VII.44.1) deba introducir una nota aclaratoria o, más bien, una disculpa<sup>38</sup>:

A partir de ese momento los atenienses se encontraron en una situación de gran confusión y en medio de muchas dificultades, tanto es así que no ha sido fácil obtener información de ninguna de las dos partes respecto al modo como se desarrollaron las distintas fases de la batalla. Porque si de día, a pesar de verse las cosas con mayor claridad, ni aun así lo saben todo aquellos que están presentes en los combates, sino que a duras penas cada uno se da cuenta de lo que tiene ante sus ojos, en una batalla nocturna, la única que se entabló entre dos grandes ejércitos en el curso de esta guerra, ¿cómo podría saber nadie nada con exactitud?<sup>39</sup>.

Tucídides se excusa, pues, de cualquier inexactitud que pudiera encontrarse en su descripción. Vemos, por otra parte, cómo usa los términos παραχή (‘confusión, desorden’) y ἀπορία (‘dificultad’, pero también ‘perplejidad’ o ‘angustia’) para describir la situación de los atenienses. Plutarco coincide con el uso de παραχή, pero emplea complementariamente la palabra πτόα, esto es, ‘terror, miedo’. Plutarco, pues, introduce ya aquí la idea del terror experimentado por las tropas, que trataremos más detalladamente en el siguiente apartado. El relato que prosigue a ese embate beocio representa una ilustración perfecta de los principales motivos tácticos y prácticos por los cuales los generales rehuían, en la medida de lo posible, los combates nocturnos<sup>40</sup>.

En primer lugar, los generales eran incapaces de hacerse una idea real de la ubicación y el estado tanto de su propio ejército como del enemigo. La situación, por tanto, acababa por escaparse de su control. Esto último queda evidenciado en

38. ROOD (2006: 244-45); BIFFIS (2008).

39. TORRES ESBARRANCH (1990-92: 86-87).

40. Cf. Hom. *Il.* II.386-87. No es solo que demorasen el inicio de una ofensiva hasta el amanecer, como ya hemos visto, sino que los combates en curso se interrumpían al caer la noche (Th. IV.96.8, 129.5, 134.2). Véase PRITCHETT (1974: 163, 170 y 1985: 47-49); ROISMAN (1993: 59).

el presente caso cuando esa oscuridad que debía ser la aliada necesaria para la ofensiva ateniense acabó convirtiéndose en una ventaja para los defensores, ya que les permitió huir, advertir al resto del ejército siracusano y frustrar el fundamental factor sorpresa. Por otro lado, el descontrol por parte de los estrategos atenienses queda aún más fuertemente evidenciado por el mencionado avance impulsivo y desorganizado de sus tropas tras su éxito inicial, que posibilitó que un contingente más reducido pero ordenado como el beocio pudiera hacerles frente eficazmente y diera un giro irreversible a los acontecimientos<sup>41</sup>. Demóstenes y el resto de los generales no pudieron percibir con precisión el devenir de la ofensiva y la localización de sus tropas en todo momento, por lo que fueron incapaces de reaccionar consecuentemente, incluso antes de que el enfrentamiento se tornase un caos absoluto<sup>42</sup>. Desconocemos, asimismo, el paradero de los generales atenienses, más allá de que Nicias no participó y se quedó atrás, quizás por enfermedad<sup>43</sup>. La última (y oportuna) aparición explícita de Demóstenes en el relato de Tucídides (VII.43.5) se relaciona con la victoria obtenida sobre esa guardia de seiscientos siracusanos que acudieron primeramente a repeler el ataque. Tras ello le perdemos la pista, pero sabemos que fue capaz de escapar indemne y volver al campamento, igual que el resto del alto mando ateniense. Su vía de escape, pues, debió de ser mucho más sencilla que la de la vanguardia, que fue la que más sufrió tanto por parte de los enemigos como a manos de sus compatriotas, con lo que parece meridianamente claro que los generales no participaron en primera línea<sup>44</sup>.

Por otro lado, aunque hubiesen intentado ejercer un liderazgo efectivo sobre sus tropas, se habrían encontrado con un evidente problema en las comunicaciones, como queda bien reflejado en el relato de la debacle. Toda comunicación dependería enteramente de sistemas sonoros, ya que la falta de luz impedía emplear medios visuales —más allá de antorchas, que, por un lado, hubiesen revelado su posición y, por el otro, podían confundirse con las de los enemigos—. En el fragor de la batalla, incluso si se hubiese desarrollado sin ese caos tan generalizado, hubiese sido extremadamente complicado trasladar cualquier orden o consigna a sus soldados<sup>45</sup>. Esta incapacidad comunicativa quedó acentuada en las Epípolas, donde el elemento auditivo cobró un papel fundamental y no hizo más que aumentar la confusión y el miedo entre las tropas atenienses. Aunque Plutarco incide en esa intimidante cacofonía con los gritos de los beocios, en Tucídides (VII.44.3-4) aparece todavía con mayor viveza<sup>46</sup>. Este historiador señala el «griterío» (βοή)<sup>47</sup> y, a renglón seguido, especifica que los siracusanos y sus aliados se «exhortaban unos a otros con grandes voces [παρεκελεύοντό τε κραυγῆ]». A ello se sumaban las tropas atenienses, que «con las frecuentes demandas de contraseña [...] provo-

41. Cf. D.S. XIV.104.4.

42. Cf. ROISMAN (1993: 59, n. 119, 62); HUNT (2006: 409-10).

43. Th. VII.43.2. Véase WESTLAKE (1968: 197); HORNBLLOWER (2008: 624).

44. WESTLAKE (1968: 270-71, n. 2); ROISMAN (1993: 61, n. 124).

45. ROISMAN (1993: 59).

46. BIFFIS (2008); HORNBLLOWER (2008: 617-18).

47. Cf. Plu. *Nic.* 21.8.

caban una gran confusión [θόρυβον]<sup>48</sup> entre sus filas al pedirla todos a la vez»<sup>49</sup>. Finalmente, Tucídides (VII.44.6) incluye el canto del peán en todo ese desconcertante cóctel sonoro, que para él fue el elemento que causó más daño. Los atenienses eran incapaces de discernir entre los entonados por sus aliados dorios y aquellos de sus enemigos, mayoritariamente dorios también<sup>50</sup>. Tucídides, como señalaremos, introduce precisamente en este momento la aparición del miedo entre las filas atenienses, una vez culminada la descripción del caos sonoro de las Epípolas. En resumen, queda bastante claro que las comunicaciones habrían sido imposibles. La situación estaba fuera de control.

También desempeñó un rol clave en el desarrollo de los hechos y acrecentó el caos el tercer gran problema en todo combate nocturno: la dificultad en la identificación. La luna era la única fuente de iluminación, pero tanto Plutarco (*Nic.* 21.9-10) como Tucídides (VII.44.2) señalan que era insuficiente para distinguir algo más que siluetas, siendo imposible discernir entre amigos y enemigos<sup>51</sup>. Por ello, los atenienses que aún iban de frente fueron incapaces de identificar a sus propios compañeros que retrocedían. Eso provocó que muchos murieran por armas amigas. A todo ello se sumaba, según Tucídides, un cierto apelonamiento de los soldados a causa del espacio reducido que, indudablemente, habría redundado en la angustia de los hombres y en la dificultad de identificar el bando del soldado que se tenía enfrente. Como señala Plutarco (*Nic.* 21.9), ese encuentro desordenado (ἄτακτος) de unas tropas rebosantes de miedo (φόβος) e ignorancia (ἄγνοια), junto a la incertidumbre de la visión, fueron ingredientes mortales para los atenienses. Por tanto, esos hombres se veían privados no solo del sentido del oído en ese pandemonio, sino que la visión resultaba igualmente inútil, como ya indicaba Tucídides.

La noche, de hecho, agravaba un problema típico en los enfrentamientos entre ejércitos griegos. Comúnmente, los hoplitas de todas las ciudades vestían del mismo modo, sin un uniforme característico que diferenciara fácilmente los distintos contingentes<sup>52</sup>. La mayoría de las veces los símbolos de identificación se limitaban, si acaso, a emblemas sobre los escudos. El combate hoplítico usual consistía en el choque entre dos formaciones cerradas, con lo que el problema de la correcta identificación se eludía: se limitaban a matar a aquel que se encontraba enfrente. Sin embargo, en ocasiones, el devenir de la batalla conllevaba que la formación se modificara y partes del ejército avanzaran de manera desigual, provocando que se pudiesen encontrar ante sí facciones del mismo bando, lo que podía conducir a ese «fuego amigo». Por ejemplo, en la batalla de Delio soldados atenienses, al cercar a los tespios, alcanzaron a compatriotas suyos<sup>53</sup>. Si esta confusión era posible de día

48. Θόρυβος es una palabra que ciertamente puede traducirse como ‘confusión’, pero también como ‘clamor, griterío, alboroto’. Así pues, también remitiría a ese aspecto sonoro.

49. TORRES ESBARRANCH (1990-92: 87).

50. En Tucídides los peanes nunca se relacionan con contingentes jonios. Véase GOMME *et al.* (1970: 423-24); HORNBLLOWER (2008: 629).

51. GOMME *et al.* (1970: 423); HORNBLLOWER (2008: 627).

52. HANSON (2009: 185-93); HORNBLLOWER (1996: 306-307).

53. Th. IV.96.3.

y en una formación medianamente ordenada, qué no podía suceder en las Epípolas de noche y en medio de una inadvertida desbandada. Los generales atenienses, pues, no anticiparon ni previeron ese problema de identificación. Algunos helenos habían encontrado, según las fuentes, soluciones ingeniosas a ese problema ineludible en toda acción nocturna. Por ejemplo, los focidios, antes de iniciar un ataque nocturno contra sus enemigos tesalios, recubrieron de yeso sus cuerpos y sus armas, para reconocerse entre sí<sup>54</sup>.

Así pues, en las Epípolas las identificaciones tuvieron que ser básicamente orales, método que se mostró hartamente ineficaz. Primeramente, y como ya hemos visto, la cacofonía que describen las fuentes dificultaba toda comunicación a larga y media distancia. El propio Tucídides (VII.44.4), de hecho, ya remarca que la única forma de comunicarse era mediante grandes voces. Rápidamente, el uso de las contraseñas verbales perdió toda utilidad, porque los enemigos se las aprendieron y se valieron de ellas para atacar sorpresivamente a los atenienses. Sin duda alguna, este hecho comportó una mayor confusión entre esas tropas y acentuó la creciente paranoia<sup>55</sup>. Tampoco es descartable que algunos de los que huían perecieran a manos de sus camaradas al ser incapaces de recordar a tiempo el santo y seña en su angustiada carrera, o al no sentirse directamente interpelados entre las múltiples demandas de esa identificación. En contraposición, Tucídides explica que los atenienses no llegaron a conocer la contraseña siracusana. Aquí de nuevo contrasta el orden de las filas siracusanas en contraposición al «desperdigamiento» (διασπάω) de las tropas atenienses para explicar por qué la revelación de la contraseña solo afectó a este último bando.

Esa confusión se vio acrecentada con los peanes de los combatientes dorios en las filas atenienses, que se sumaban a los entonados por los siracusanos y sus aliados. Por tanto, los aterrorizados atenienses en fuga no sabían si los peanes provenían de amigos o enemigos, si se alejaban del peligro, si iban derechos hacia él, o si sus oponentes los cercaban por todos lados. Precisamente, esa confusión tiene un paralelo en una artimaña que el propio Demóstenes había empleado en Idómene<sup>56</sup>. Entonces el general ateniense marchó de noche con algunas tropas para sorprender a los ampraciotas al amanecer. Al frente de ese contingente puso a sus aliados mesenios —dorios como sus adversarios— con el objetivo de que, incapaces de reconocerlos por la falta de luz, sus enemigos los tomasen como de los suyos gracias al dialecto común. La estratagema funcionó y pudo infligir un severo golpe a los ampraciotas. Así pues, en esta ocasión la suerte se había vuelto contra Demóstenes y, en cierta manera, le había pagado con su misma moneda.

Por último, sumándose a todos esos importantes inconvenientes propios de una acción nocturna, una parte sustancial de los soldados del bando ateniense tenían

54. Hdt. VIII.27.3-4; Polyae. VI.18.4; Paus. X.11.1. Además, aterrorizaron a sus sorprendidos enemigos, que los confundieron con entes fantasmagóricos; *infra*. Véase PRITCHETT (1974: 163); ROISMAN (1993: 62); VAN WEES (2004: 131-32); PATERA (2013: 119-20).

55. Th. VII.44.5-6.

56. Th. III.112-113; cf. IV.3.3, 41.2. Véase GOMME *et al.* (1956a: 424-26 y 1956b: 440); HORNBLLOWER (1991: 533 y 1996: 155, 196).

un conocimiento insuficiente del emplazamiento donde se desarrollaría el ataque. De hecho, Tucídides especifica que la mayoría de los que encontraron el camino de vuelta al campamento pertenecían a la primera expedición, es decir, los que llevaban más tiempo allí y habían podido familiarizarse con el escarpado y angosto relieve de las Epípolas. En contraste, las tropas que habían llegado con Demóstenes no habían dispuesto de esa oportunidad y, consecuentemente, carecían de un conocimiento básico del terreno para una operación nocturna como la planeada. Como hemos visto, esta desorientación fue en muchos casos mortal, ya fuese por la escabrosidad del terreno o por las posteriores patrullas de jinetes siracusanos<sup>57</sup>. De hecho, parece más que posible que el propio Demóstenes tuviese un conocimiento precario de las Epípolas y, por ello, su plan estuviese condenado desde el inicio, especialmente ante un enemigo local.

Además, los generales atenienses no habían diseñado planes de contingencia<sup>58</sup>. Esto se aviene completamente con el carácter decisivo que Demóstenes había dotado a esta ofensiva: iba a jugárselo todo a una carta, sin planes alternativos. Era una operación a todo o nada. Por ese motivo, este estratego decidió emplear el grueso de su ejército y no se contentó con una fuerza más reducida, como solía hacerse en esta clase de empresas nocturnas<sup>59</sup>. Ello le hubiese dotado de una mayor operatividad, velocidad y movilidad, además de haber reducido significativamente el impacto de una derrota. El desconocimiento de datos esenciales sobre la topografía, conjugado con la urgencia con la que se actuó debido a la voluntad de aprovechar el efecto moral de la providencial llegada de los refuerzos desde Atenas, desempeñaron un rol fundamental en el desastre acaecido<sup>60</sup>. Demóstenes, seguramente confiado en exceso en sus dotes y tácticas que en el pasado le habían reportado éxitos gracias al factor sorpresa, fue incapaz de reconocer las carencias de su plan, lo cual resultó fatal<sup>61</sup>. Además, a diferencia de lo observado anteriormente, faltaba la tan necesaria colaboración interna para acometer ese tipo de asaltos<sup>62</sup>. Por ello, como vívidamente describe Tucídides (VII.44.7)<sup>63</sup>, el campo de batalla fue un caos absoluto para los atenienses: «De ahí que al final, topando unos con otros una vez que cundió el desconcierto, amigos contra amigos y ciudadanos contra ciudadanos, no solo eran presa del miedo, sino que llegaban a las manos los unos contra los otros y a duras penas se separaban».

57. De hecho, es posible que fuera un 'alivio' morir a la luz del día. HORNBLLOWER (2008: 627).

58. ROISMAN (1993: 62).

59. Véase nota 4.

60. HUNT (2006: 409-10).

61. ROISMAN (1993: 62-63).

62. Parece que había una facción pro-ateniense en Siracusa (Th. VII.48.2, 49.1, 73.3, 86.4). LIEBESCHUETZ (1968: 296, n. 65); GOMME *et al.* (1970: 425-26); LOSADA (1972: 20-21, n. 1); HORNBLLOWER (2008: 634-35). Sin embargo, en un enclave periférico y fuera del recinto de la ciudad, cualquier tipo de ayuda quintacolumnista era altamente improbable.

63. HORNBLLOWER (2008: 629).

#### 4. Pánico nocturno

Como el pasaje justo citado de Tucídides muestra, al desconcierto (ταράσσω) se le sumaba otro factor: el miedo (φόβος)<sup>64</sup>. De hecho, ya desde un inicio, la operación pendía en gran manera de un aspecto sutil pero que podía tener unos efectos devastadores si se desataba: el pánico nocturno. Luchar en la oscuridad no solo requería un entrenamiento previo para paliar las ya detalladas desventajas funcionales<sup>65</sup>, sino que se necesitaba una cierta preparación psicológica complementaria para combatir los miedos atávicos que podían emerger en esas circunstancias<sup>66</sup>.

En los ejércitos de la época no era inusual que se extendiesen espontáneamente el pánico y el miedo entre sus filas, teniendo un impacto muy pernicioso en sus capacidades y potencial. La cercanía ante un combate podía desencadenar todo tipo de reacciones en el seno del ejército, que pasaba a actuar como una masa<sup>67</sup>. Ese miedo podía materializarse de muchos modos —silencio, temblores o falta de control sobre el propio cuerpo<sup>68</sup>— y podía llevar a la huida súbita o a la deserción ante el ataque enemigo o la pérdida de la iniciativa<sup>69</sup>. Si, como sugerimos, es posible que los estrategos atenienses hubiesen puesto pies en polvorosa al primer revés, este habría sido otro elemento más que habría propiciado la desbandada de sus filas.

Esa dinámica de masa era especialmente peligrosa durante la noche, cuando tales miedos podían propagarse sin necesidad de estar a las puertas de la paralizante experiencia del combate. El temor a enemigos invisibles podía producir desbandadas sin verdaderas causas que las fundamentasen. La amenaza, aunque fuera intangible, bastaba. Por ejemplo, en 423/2, durante la expedición conjunta de Pérdicas y Brásidas contra Arrabeo, el pánico se extendió entre las tropas macedonias y

64. En la lengua griega, igual que en los idiomas modernos como el castellano, existían diferentes palabras que podían designar, con leves y variados matices, ese mismo sentimiento de miedo. Como la traducción y traslación exacta de esos matices no nos parece posible sin una discusión más extensa (y para acabar simplemente llegando a una solución de conveniencia), en este artículo no haremos una diferenciación tipológica de esos diferentes sentimientos o matices vinculados al miedo. Véase KONSTAN (2006: 5-8, 130-55); BORGEAUD (2007: 190-91, n. 4); PATERA (2013: 109-10, 117-19, 126-27); DE ROMILLY (2017: 223-25).

65. Así pues, esos pueblos —tracios, escitas o cretenses (*supra*)— no empleaban los ataques nocturnos sin más. El hecho de que los practicasen recurrentemente sugiere que existiría un entrenamiento específico para superar esas dificultades inherentes. No era, pues, una táctica cobarde, sino una estratagema altamente entrenada y que, indudablemente, ponían en juego en los momentos más convenientes para maximizar sus efectos. Los atenienses contaban con cretenses en sus filas, pero eran únicamente ochenta arqueros (Th. VI.43, VII.57.9). Véase ROISMAN (1993: 59).

66. Los espartanos parece que eran entrenados especialmente contra el miedo a la oscuridad y para moverse en ella (Plu. *Lyc.* 12.7, 16.3; 28.4; X. *Lac.* 2.7, 5.7); cf. EPPS (1933). No sería casual que, en los diversos ejemplos de operaciones nocturnas, hayan aparecido recurrentemente líderes espartanos como Gilipo, Agis y Brásidas; cf. BABUT (1981: 422-23). El hecho de que otros personajes como el tirano siracusano Dionisio mostrasen una especial querencia por esta práctica también sugeriría una preparación complementaria y necesaria de sus tropas (o parte de ellas) para realizar esa clase de operaciones nocturnas.

67. Cf. HUNTER (1986).

68. HANSON (2009: 96-104).

69. Hdt. IV.203; Th. V.10.8; X. *An.* I.8.17-20, VI.5.27; *Hell.* III.2.17, IV.3.17, 8.38, VII.1.31. Véase PRITCHETT (1974: 203-205); HANSON (2009: 107-16).

bárbaras durante la noche, que huyeron temiendo unas fuerzas inexistentes<sup>70</sup>. Esos episodios de pánico súbito fueron inicialmente atribuidos a entidades como Fobos, Dionisio o Pan, aunque posteriormente fue a este último al que se le atribuyeron en exclusiva<sup>71</sup>. Ese influjo sobrenatural, como ya dijimos, debió de tener un papel importante en la efectividad de la estratagema focidia que no solo sorprendió, sino que también aterrorizó a sus enemigos tesalios, que creyeron enfrentarse a seres sobrenaturales<sup>72</sup>.

Como hemos ido apuntando, en los textos de Plutarco y Tucídides se señala en diversas ocasiones la extensión del miedo entre las filas atenienses. El primero situaba su aparición con la exitosa resistencia del escuadrón beocio. Además, del ya mencionado atemorizante griterío, Plutarco añadía un aspecto visual complementario: las lanzas en ristre. De hecho, algo más abajo, este autor apunta que la luz de la luna, al encontrarse esta a la espalda de los atenienses, oscurecía las armas propias, pero resaltaba las del enemigo, que aparentaba estar mejor y más armado<sup>73</sup>. Esa idea del temor causado por el brillo de las armas no es exclusiva de Plutarco, sino que se encuentra en otros autores, vinculada en ocasiones con la divinidad<sup>74</sup>. Con ello, en el pasaje plutarquiano se remarca que no era un pánico provocado por un miedo inconcreto, sino que era específicamente miedo a un enemigo (φόβῳ τοῦ πολεμίου) que se cernía por todas partes con un armamento aparentemente mejor<sup>75</sup>.

En Tucídides, esa aparición del miedo se vincula, como indicábamos, a los peanes, que generaron perplejidad (ἀπορία) por su aparente carácter ubicuo, pero sobre todo infligieron miedo (φόβον παρεῖχε) en el corazón de los soldados atenienses, creyéndose rodeados por el enemigo. Así pues, como veíamos en el pasaje citado al final del anterior apartado, desconcierto y pánico actuaban conjuntamente y se retroalimentaban: la confusión agrandaba el miedo y el miedo acrecentaba la confusión de las tropas atenienses. Por ello, cabe pensar que no solo el pánico, sino que también la paranoia se extendió en las filas atenienses, que debían afrontar tres peligros de muerte: los enemigos, los barrancos y las muertes a manos de sus propios compatriotas. De hecho, algunos no se despeñaron accidentalmente por los barrancos, sino que saltaron a propósito, viéndolos como una vía de escape, clara muestra de la desesperación de esos hombres<sup>76</sup>.

Cabe pensar que la angustiada situación vivida en las Epípolas no fue fácilmente olvidada y es probable que tengamos indicios de las secuelas psicológicas

70. Th. IV.125.1. Véase HORNBLLOWER (2008: 726-27). En el pasaje, Tucídides señala que no era algo inaudito y que podía emerger espontáneamente en cualquier fuerza militar (cf. VII.80.3; *infra*). A diferencia de parte de sus coetáneos, Tucídides parece desligar esos episodios de pánico de cualquier influencia sobrenatural. Esa misma aceptación de la naturalidad del fenómeno se produce en Jenofonte (*An.* II.2.19). En los pasajes inmediatamente anteriores, Jenofonte relataba el miedo que había surgido en el campamento persa ante los ruidos de sus adversarios, provocando el traslado de los que se hallaban en la parte exterior.

71. PRITCHETT (1979: 45-46, 148, 163).

72. Véase nota 62.

73. Plu. *Nic.* 21.10.

74. Plb. IX. 9; Arr. *An.* VIII. 24.8; D.S. XVII. 100.5. Véase MENDOZA (2019: 129-30).

75. Plu. *Nic.* 21.9.

76. Th. VII.45.2.

sufridas por los supervivientes. De hecho, el impacto de esta traumática derrota es posible que explique en gran medida el posterior desarrollo de los hechos<sup>77</sup>. Las bajas, aunque numerosas, no parecieron suponer por sí mismas un golpe definitivo para la empresa ateniense<sup>78</sup>. Buena muestra de ello es el hecho de que, en primera instancia, se impusiera la propuesta de Nicias de proseguir con el asedio. La idea del miedo estuvo presente en las deliberaciones de los estrategos atenienses, si bien Nicias contrapuso un temor superior a los tribunales patrios para convencer a sus colegas<sup>79</sup>. La posterior retractación en esa decisión se sostuvo fundamentalmente en la desmoralización de la tropa a causa de la acuciante situación sanitaria provocada por las enfermedades, pero también en el miedo provocado por la llegada de refuerzos para el bando siracusano (περιδέω, contrapuesto a los siracusanos, que cobraron más confianza, θαρσέω)<sup>80</sup>. Por tanto, el impacto emocional y moral de las Epípolas, conjugado con las enfermedades extendidas en el campamento y la llegada de refuerzos en el bando siracusano<sup>81</sup>, tuvo un efecto más importante sobre el desarrollo posterior de los hechos que no las cuestiones meramente numéricas (en víctimas, heridos y armas perdidas). El miedo, como iremos observando, ya no abandonó las filas atenienses tras las Epípolas<sup>82</sup>.

Sin embargo, el traslado del campamento se retrasó por un ominoso eclipse de luna, ese mismo astro que había acrecentado sus miedos en las Epípolas al reflejarse en las armas enemigas. La reacción de los atenienses ante este presagio no fue otra que el miedo. Los textos coinciden en mostrar a buena parte de los soldados y al propio Nicias paralizados por el temor<sup>83</sup>. Los tres autores remarcan el carácter supersticioso de Nicias, pero Diodoro añade una mayor cautela religiosa (εὐλαβής) por si la epidemia que se había extendido por el campamento no fuese acaso un castigo divino. Este historiador, además, suma a Demóstenes y

77. Sobre la diferenciación de los efectos del miedo durante y tras un suceso, véase HUNTER (1986: 416-21).

78. El porcentaje que suponían las bajas depende obviamente del número total de efectivos; cf. WESTLAKE (1968: 267-68); GOMME *et al.* (1970: 422, 452); POWELL (1979: 29); KRENTZ (1985: 17, 19); VAN WEES (2004: 68); HORNBLLOWER (2008: 713-14, 1065).

79. D.S. XIII.12.2; Plu. *Nic.* 22.2-3 (...οὐ τῷ μὴ δεδιέναι τοὺς Συρακουσίους, ἀλλὰ τῷ μᾶλλον τοὺς Ἀθηναίους καὶ τὰς ἐκείνων δίκας καὶ συκοφαντίας φοβεῖσθαι. Δεινὸν μὲν οὖν οὐδὲν αὐτόθι προσδοκᾶν ἔφασκεν...); Th. VII.48.4 (τῶν τε παρόντων στρατιωτῶν πολλοὺς καὶ τοὺς πλείους ἔφη, οἳ νῦν βοῶσιν ὡς ἐν δεινοῖς ὄντες, ἐκεῖσε ἀφικομένους τάναντία βοήσεσθαι ὡς ὑπὸ χρημάτων καταπροδόντες οἱ στρατηγοὶ ἀπῆλθον). Como vemos, δεινός y δεῖω aparecen en estos pasajes con más frecuencia que φοβέω, que se aplica únicamente para el temor a la persecución judicial.

80. D.S. XIII.12.3; cf. Plu. *Nic.* 22.5; Th. VII.50.4. Aunque aquí no se verbalice, en otros pasajes de su obra, Tucídides muestra que cualquier plan, por magnífico que sea, está condenado al fracaso si los soldados actúan bajo el influjo del miedo (Th. I.120.5, II.3.4, 87.4); cf. KONSTAN (2006: 142); ECHEVERRÍA (2014: 8-9, 15).

81. Cf. KONSTAN (2006: 141-42).

82. En cambio, ya no volvería al bando siracusano. Obsérvese el contraste que existe entre Th. VII.55.1 y 56.1: mientras que antes tenían miedo de la flota de Demóstenes (πρότερον μὲν γὰρ ἐφοβοῦντο τὰς μετὰ τοῦ Δημοσθένους ναῦς ἐπελθούσας), ahora se paseaban sin miedo (ἀδεῶς) por su puerto.

83. D.S. XIII.12.6; Plu. *Nic.* 23.1, 8; Th. VII.50.4; cf. Plin. *NH.* II.12.9.54. Véase WESTLAKE (1968: 199-200); GOMME *et al.* (1970: 428-29); AVERY (1973: 8); OOST (1975: 192-93); POWELL (1979: 25-28); PRITCHETT (1979: 109-10); CONNOR (1984: 194, n. 27); HORNBLLOWER (2008: 642-45).

el resto de los generales en la lista de aquellos afectados por ese temor religioso (τὸ θεῖον εὐλάβειαν). En el caso de Plutarco, vincula el terror (δέος) causado por el fenómeno astronómico a la ignorancia (ἀπειρία) y al temor a los dioses (o a la superstición) (δαισιδαμονία). Un poco más adelante, Plutarco (*Nic.* 23.8) añade «según dice Filócoro, el presagio no era malo para quienes estaban tratando de huir, sino incluso muy bueno, pues las acciones que se hacen con miedo [φόβῳ πράξεις] requieren disimulo y la luz les resulta hostil»<sup>84</sup>. El autor, pues, considera que el traslado del campamento era un curso de acción promovido por el miedo. Resulta, además, paradójica esa vinculación entre miedo, ocultación y oscuridad teniendo en cuenta el precedente inmediato de las Epípolas. Allí la oscuridad era la que les había resultado hostil, ya que más que ocultarles a ellos, había ocultado a sus enemigos, y había desencadenado el miedo entre las filas propias. Por último, Tucídides es algo más parco y se limita a describir el estado de los soldados en términos de angustia, de consternación (ἐνθυμέομαι).

Más adelante, en el relato de Tucídides (VII.71.1-4) sobre la batalla del Puerto Grande, encontramos un pasaje que se fija en las distintas reacciones de los soldados en tierra ante el desarrollo del enfrentamiento naval. Confronta ya desde inicio la expectación de ambos bandos: mientras que los siracusanos se encuentran deseosos de aumentar su gloria, los atenienses, alicaídos, temen a una peor fortuna (δεδιότες δὲ οἱ ἐπελθόντες μὴ τῶν παρόντων ἔτι χεῖρω πράξωσιν). Los atenienses, pues, tenían miedo del futuro como nunca antes lo habían experimentado (ὃ τε φόβος ἦν ὑπὲρ τοῦ μέλλοντος οὐδενὶ εἰκώς). Ese temor se manifestaba, precisamente, en las reacciones de los soldados. Es destacable que aquellos que tenían fijada su atención en zonas del combate en que se imponían las naves atenienses no manifestaban euforia, sino que imploraban a los dioses por su salvación. Esta δαισιδαμονία, este temor, aparece también manifestado en el cuerpo de los que observaban partes donde el enfrentamiento estaba equilibrado, que Tucídides nos los describe como «atenazados por el miedo» y que «pasaban por un trance terrible» (τοῖς σώμασιν αὐτοῖς ἴσα τῇ δόξῃ περιδεῶς ξυναπονεύοντες ἐν τοῖς χαλεπώτατα διῆγον). No cabe sino decir que las reacciones más lastimosas las tenían aquellos con la vista fijada en áreas en que los siracusanos se imponían: prorrumpían en lamentos y gritos, y, pese a ser meros espectadores, su ánimo estaba más abatido que el de los propios combatientes. Así pues, para Tucídides era una buena muestra de todas las reacciones que todo ejército «en una situación de grave peligro» solía presentar. El autor, pues, no presenta un ejército «normal», sino un ejército en extrema desesperación.

En Diodoro (XIII.12.3), de hecho, esa idea de la desesperación ante una última vía de salvación se vincula a la esperanza de inspirar temor (καταπλήσσω) a los siracusanos, es decir, devolver el miedo al bando enemigo. Es más, a continuación, no refleja, como Tucídides, los sentimientos de los observadores atenienses, sino que se centra en los civiles siracusanos, que también seguían el desarrollo de la batalla con gran angustia (πολλῆς ἀγωνίας). No obstante, al narrar la batalla, Diodoro (XIII.15.5) describe las acciones de los atenienses como motivadas por

84. CANO CUENCA *et al.* (2007: 333).

la desesperación mientras que las siracusanas se explican por un deseo de «lucimiento» individual ante los ojos de sus familiares. Es decir, los combatientes de ambos bandos lucharon aguerridamente, pero por motivos bien distintos. Durante la batalla, Diodoro vuelve a fijarse en los sentimientos y las reacciones de los observadores siracusanos, en unos términos no muy diferentes a los atribuidos por Tucídides a los soldados atenienses en tierra. Si bien los gemidos y las lágrimas prorumpidas por los habitantes de Siracusa en los momentos delicados se corresponden bien con lo descrito por Tucídides, cabe reseñar que, en las situaciones de victoria, la reacción de los siracusanos era mucho más eufórica, iniciando el canto del peán. Es decir, no se aprecia esa contención de los atemorizados atenienses, que se limitaban a pedir a los dioses que no les abandonaran.

Volviendo a Tucídides, el desánimo y desesperación no se limitaban a los observadores, sino que también se extendía a los combatientes. Con la derrota final de los atenienses, «entre las tropas de tierra ya no hubo más diferencias»: el campamento se llenó de lamentos y gemidos<sup>85</sup>. Pese a que algunos intentaron organizar una última defensa o acudieron en socorro de las naves, la mayoría era incapaz de pensar en otra cosa que no fuese su salvación personal —lo que hacía incluso más difícil la salvación común—. En el relato de Tucídides, además, vuelve a resurgir el elemento sonoro: a los lamentos de los atenienses, se suman las exhortaciones y el «tremendo griterío» (πολλῆ κραυγῆ) de los siracusanos, que tienen correspondencia con la escena de las Epípolas<sup>86</sup>. En ese momento, pues, apareció el pánico, uno que, en palabras de Tucídides (VII.71.6-7), «no fue inferior a ninguno de los habidos en cualquier otra ocasión» (ἦν τε ἐν τῷ παραντίκῃ οὐδεμιᾶς δὴ τῶν ξυμπασῶν ἐλάσσων ἔκκληξις). Era un miedo que se sumaba a un temor ya preexistente y maximizaba su efecto. Es más, según Plutarco (*Nic.* 25.4, 26.3), los supervivientes llegaron a envidiar a los muertos, pues para ellos había acabado todo sufrimiento.

Tras la batalla, la desesperación ateniense se ilustra, precisamente, a través del abandono de sus muertos, ya que no los reclamaron para enterrarlos<sup>87</sup>. El alicaído ejército solo podía pensar en la huida, cuanto antes mejor. De hecho, pese a contar con superioridad de naves aún, el plan de Demóstenes de volver a atacar fue rechazado por los marineros atenienses, que se negaron a embarcar. Tucídides (VII.72.3-4) dice que habían perdido ya toda esperanza de victoria y que se hallaban «consternados» (καταπλήσσω)<sup>88</sup>. Era, pues, un miedo paralizante, que les impedía cualquier acción que no fuese la retirada. Se trata de una reacción insólita, lo más

85. Th. VII.71.5-6. Véase HUNTER (1986: 418-19).

86. HORNBLLOWER (2008: 701); cf. D.S. XIII.17.4 (πολλῆς κραυγῆς). De hecho, Diodoro (XIII.15.3) añadía el canto del peán al inicio de la batalla por parte de la flota ateniense. Cabe pensar que se limitaría a los contingentes dorios de su bando. Más adelante, como señalamos, fueron los siracusanos los que entonaron ese peán victorioso (XIII.16.7). Por último, también durante la batalla, Diodoro (XIII.16.5) añade que era imposible oír las órdenes a causa del estrépito del combate naval y del griterío de los soldados. Es decir, reencontramos dispersos los mismos elementos que habían conformado la cacofonía de las Epípolas.

87. Th. VII.72.2; Plu. *Nic.* 25.4. Esta actitud se contraponen a los grandes honores ofrecidos por los siracusanos a sus muertos (Th. VII.72.1; D.S. XIII.17.5).

88. Cf. D.S. XIII. 18.1-2.

parecido a un motín durante toda la expedición a Sicilia, lo que muestra el alto grado de hastío y temor de las tropas<sup>89</sup>. Además, supone un cambio significativo en el carácter de los soldados atenienses, antes descritos por Tucídides (I.71.3) como «audaces hasta más allá de sus fuerzas, arriesgados por encima de toda reflexión, y esperanzados en medio de los peligros» (δὲ οἱ μὲν καὶ παρὰ δύνάμιν τολμηταὶ καὶ παρὰ γνώμην κινδυνεύουσι καὶ ἐν τοῖς δεινοῖς εὐέλπιδες). Este miedo petrificante, esta inactividad, resulta incluso más sorprendente si se compara con el carácter decidido, emprendedor y diligente, a menudo contrastado con el más indeciso y contemporizador talante lacedemonio, que el mismo autor atribuye a los atenienses<sup>90</sup>. De hecho, en el último de los pasajes indicados, Tucídides identifica a los siracusanos como los únicos capaces de equiparlos y superarlos en su enérgica actividad<sup>91</sup>. Ese miedo, además, no se limitó a las tropas atenienses en la isla, sino que cruzó el mar y también se instaló en el corazón de la polis ática<sup>92</sup>; en cambio, sus rivales lacedemonios mudaron de carácter y decidieron acometer la guerra con decisión<sup>93</sup>. Las tornas se han girado completamente.

Volviendo a Sicilia, la situación no mejoró cuando, tras planear una huida a escondidas al amparo de la noche, el plan fue descubierto con antelación por los siracusanos. De hecho, estos últimos no necesitaron ni siquiera desplegar a sus hombres: Hermócrates se aprovechó del miedo de los atenienses con una estratagema<sup>94</sup>. Simplemente, envió unos jinetes para advertir a sus enemigos que los siracusanos ya se habían dispuesto a lo largo del camino. La oscuridad de la noche fue de nuevo aliada de los siracusanos porque ocultó la verdadera identidad de los emisarios: según Diodoro, los atenienses pensaron que el aviso procedía de sus aliados leontinos; según Tucídides y Plutarco, de los amigos de Nicias en Siracusa. Ante ese aviso, los atenienses cancelaron sus planes, pese a que las tropas siracusanas, en realidad, no se desplegaron hasta el alba. Los atenienses podrían haber sospechado del engaño porque no mucho tiempo atrás ellos mismos habían perpetrado exitosamente una estratagema similar contra los siracusanos<sup>95</sup>. De haber sido algo más suspicaces, quizás podrían haber enviado alguna patrulla de reconocimiento para certificar la información<sup>96</sup>. Sin embargo, la atmosfera de miedo en el mando y las filas atenienses paralizaba su habitual rapidez de resolución. Los atenienses, pues, temían una reedición de las Epípolas, con enemigos invisibles que los acosasen en la oscuridad del camino. Tanto es así que no solo postergaron su retirada para esa noche, sino que permanecieron inmóviles durante el día y la noche siguientes.

89. HORNBLOWER (2008: 703-704); JORDAN (2000: 74).

90. Th. I.70.4, 102.3, II.40.3, 62.5, 64.4, III.82.4, IV.55.2, 4, VI.18.2-3, 33.4, VIII.96.5.

91. Cf. AVERY (1973: 6-8). Ya antes, tras el eclipse, puede observarse cómo la iniciativa recae sobre los siracusanos enteramente frente a unos atenienses que solo pueden actuar de manera reactiva (Th. VII.51-53). En varios puntos, se subraya que el bando ateniense actuó por miedo, por ejemplo, a perder sus naves.

92. Th. VIII.1.2; cf. 96.1.

93. Th. VIII.2.4. Véase AVERY (1973: 5-6).

94. Th. VII.73.1-74.1; D.S. XIII.18.3-6; Plu. *Nic.* 26.1-3.

95. Th. VI.64.2-65.1.

96. GOMME *et al.* (1970: 450).

Finalmente, el ejército ateniense emprendió la retirada y se inició la que posiblemente fuera la etapa más penosa de toda la expedición siciliana<sup>97</sup>. Los relatos más detallados de Tucídides y Plutarco de la terrible (δεινός) situación del campamento coinciden en que las lágrimas y las lamentaciones de los soldados atenienses no eran solo por tristeza (λύπη), sino también por miedo (φόβος). Ese temor no siempre era inconcreto y, en ocasiones, aparecía vinculado a hechos específicos. Por ejemplo, Tucídides presenta ese miedo relacionado con la visión de los cuerpos insepultos de sus compatriotas. Temían tanto ser los siguientes en acabar sin sepultura como las consecuencias de la ira divina por faltar en su deber para con sus compañeros de armas<sup>98</sup>. Los heridos, que eran abandonados, prorrumpían en lamentos e invocaban a los dioses. Les asustaba (δείδω) igualmente ser capturados y esclavizados. Por ello, Tucídides contrasta los cánticos y plegarias con los que había zarpado la expedición con las ominosas señales (ἐπιφήμισμα) que ahora les acechaban.

Tucídides es el único autor que narra, con cierto detalle, los avatares de la penosa marcha final del derrotado ejército ateniense. Ese motivo, ya visto, del abandono —o incluso la inquina— por parte de la divinidad aparece en diversas ocasiones en los subsiguientes relatos de la penosa retirada ateniense. En la alocución que Tucídides pone en boca de Nicias, este justifica que, entre otras razones, el infortunio ateniense podría ser el castigo impuesto por alguna deidad envidiosa<sup>99</sup>. En este caso, pues, sugiere una posible *hybris* causada por la expedición misma, que habría ofendido a algún dios<sup>100</sup>. Unos pocos días más tarde, ese miedo a los dioses resurgió cuando los truenos de una tormenta fueron interpretados como una muestra más de esa malquerencia divina<sup>101</sup>.

En esta primera etapa, junto al temor desbordado a la divinidad, los atenienses se vieron constantemente acosados por las tropas siracusanas. Esa situación de acecho permanente contribuyó a minar, todavía más, su moral. Los siracusanos probablemente eran conscientes del profundo miedo que residía en el corazón de los soldados atenienses y, de hecho, se nos dice explícitamente que, con sus acciones de acoso, buscaban infundir pánico (φοβέω) entre las filas enemigas. El miedo, pues, se había convertido en un arma que blandir contra los atenienses. Demóstenes y Nicias decidieron entonces engañar a los siracusanos encendiendo muchos fuegos y aprovechar para huir al amparo de la noche. Con un ejército desmoralizado y atemorizado que, justamente no hacía mucho, había sufrido una traumática derrota en una batalla nocturna, esa decisión demostró ser totalmente inapropiada. No sorprende, pues, que en esa marcha nocturna el ejército se viese

97. Th. VII.75; Plu. *Nic.* 26.3-6; D.S. XIII.18.6.

98. Sobre el miedo heleno a permanecer insepulto, véase MENDOZA (2023: 72-77).

99. Ello no implica que Tucídides acepte esa explicación que atribuye a Nicias. De hecho, la narración claramente muestra que el autor carga sobre las malas decisiones de los estrategos y del propio *demos* ateniense la responsabilidad del desastre en Sicilia; cf. Th. II.65.11. Véase WESTLAKE (1941); LIEBESCHUETZ (1968: 299-306).

100. Th. VII. 77.3; cf. Plu. *Nic.* 17.4; D.S. XIII. 21.1-2. Véase GOMME *et al.* (1970: 454); POWELL (1979: 28-29); HORNBLLOWER (2008: 717-18).

101. Th. VII.79.3. Tucídides observa que esos truenos eran corrientes al aproximarse el otoño y, por tanto, no resultaban extraordinarios. Véase CONNOR (1984: 199-200); HORNBLLOWER (2008: 727-28).

invadido de nuevo por el miedo y el pánico (δειμα καὶ φόβος)<sup>102</sup>. Lo cierto es que los enemigos estaban relativamente cerca de ellos, pero ese ataque solo era inminente en las mentes de los atemorizados hombres. Esos episodios de pánico, como Tucídides recalca, podían aparecer espontáneamente, pero la dura y reciente experiencia en las Epípolas no hizo más que aumentar las posibilidades de que resurgiese en la primera ocasión en que se produjera una situación análoga. Así fue, y con el miedo, igual que en las Epípolas, apareció el desorden (ταραχή). El caos causado por el pánico espontáneo de los soldados atenienses provocó la separación del ejército. Este se partió por la mitad, con un grupo liderado por Nicias y otro capitaneado por Demóstenes<sup>103</sup>. Esa separación resultó fatal y, poco después, esos dos cuerpos fueron atacados y diezmados por los siracusanos<sup>104</sup>. La mitad de Nicias fue la última en caer y encontramos, quizás otra aparición de pánicos nocturnos. El grupo se disponía a marchar nuevamente de noche para evitar el acoso siracusano, pero sus movimientos fueron advertidos y sus enemigos se pertrecharon para el combate. Al sentir el peán de los atacantes siracusanos, todos los soldados atenienses, excepto trescientos, se rindieron<sup>105</sup>. Ciertamente, saberse descubiertos debió de ser un varapalo para el deteriorado ánimo ateniense, pero la reaparición del peán podría haber hecho resurgir los terrores de las Epípolas. Como veíamos, Tucídides había singularizado el peán como el elemento que más miedo y más daño había infligido en el ejército ateniense durante la batalla nocturna. Parece plausible, por tanto, que el peán tuviese un efecto devastador en la moral ateniense y que propiciara que un mayor número de soldados abandonase las armas sin siquiera luchar. La conjunción de noche y peán hacía reaparecer viejos fantasmas que los atenienses no estaban en condiciones de afrontar.

## 5. Conclusiones

La *nyctomachia* de las Epípolas<sup>106</sup> emerge como un hápax dentro de la historia militar de la Grecia clásica. La temeraria decisión de Demóstenes, impelido por una mezcla de urgencia y exceso de confianza, tuvo unos efectos devastadores debido a la falta de conocimientos, entrenamiento y preparativos previos necesarios, a una incorrecta ejecución, a una posible falta de liderazgo en el momento crítico de la batalla y a la minusvaloración de los problemas inherentes a tal operación y de la psicología del ejército. Sus efectos, más allá de una cifra de muertos nada despreciable, se prolongaron con una desmoralización profunda y generalizada entre los supervivientes, lo cual empujó a los generales atenienses a tomar la decisión de volver a casa. Si bien no sea del todo correcto afirmar que la batalla determinó por completo el resultado definitivo de la campaña en Sicilia, sí que es cierto que fue un punto de inflexión del que las tropas atenienses salieron profundamente afectadas

102. Th. VII.80.3. Véase HORNBLOWER (2008: 726-28).

103. Th. VII.80.4.

104. Th. VII.80.4-85.4; Plu. *Nic.* 27.1-5; D.S. XIII.19.2-3.

105. Th. VII.83.4-5.

106. Th. VII.44.1.

y que este aceleró su derrota final. En los relatos de Tucídides, Plutarco y Diodoro, el miedo y el desorden, que migran de bando, se convierten en los dos motores narrativos de la batalla. Tras el combate en las Epípolas, siguieron instalados entre las filas atenienses, convirtiéndose en motivos trascendentales para explicar la acción (o más bien inacción) del ejército ateniense desde ese momento. Además, la reaparición de elementos que en los relatos de las Epípolas se habían vinculado al terror desatado en las filas atenienses también en la batalla naval del Puerto Grande y durante la desesperada marcha final propiciaron el surgimiento de ese pánico. El miedo a la divinidad y a la oscuridad se convirtieron en dos lastres insuperables que incapacitaron al ejército ateniense desde las Epípolas. La importancia de la derrota en esa batalla, pues, no se halló tanto en las bajas que pudo causar como en el efecto a medio y largo plazo que esta causó.

### Referencias bibliográficas

- AVERY, H. C. (1973). «Themes in Thucydides' Account of the Sicilian Expedition». *Hermes* 101, p. 1-13.
- BABUT, D. (1981). «Interprétation historique et structure littéraire chez Thucydide: remarques sur la composition du livre IV». *BAGB* 40, p. 417-39.
- BIFFIS, G. (2008). «La Battaglia delle Epipole (Tucidide VII 44, 1-7)». *Hesperia* 32, p. 91-101.
- BORGEAUD, P. (2007). «Rites et émotions. Considérations sur les mystères». En SCHEID, J. (ed.). *Rites et croyances dans les religions du monde romain*. Vandoeuvres: Fondation Hardt, p. 188-222.
- BOSWORTH, A. B. (1980). *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander. Vol. I: Books I-III*. Oxford: Clarendon.
- BRIANT, P. (2002). *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire*. Winona Lake: Eisenbrauns.
- CANDAU, J. M. (2004-2005). «Plutarco como transmisor de Timeo. La *Vida de Nicias*». *Ploutarchos* 2, p. 11-34.
- CANO CUENCA, J.; HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D.; LEDESMA, A. (2007). *Plutarco. Vidas paralelas V*. Madrid: Gredos.
- CONNOR, W. R. (1984). *Thucydides*. Princeton: PUP.
- DOWDEN, K. (2010). «Trojan Night». En CHRISTOPOULOS, M.; LEVANIQU, O.; KARAKANTZA, E. D. (eds.). *Light and Darkness in Ancient Greek Myth and Religion*. Lanham: Lexington Books, p. 110-20.
- EACHEVERRÍA, F. (2014). «El miedo en la guerra griega antigua y su conceptualización en las fuentes: una introducción». *De Rebus Antiquis* 4, p. 1-24.
- EPPS, P. H. (1933). «Fear in Spartan Character». *CPh* 28, p. 12-29.
- FLACELIÈRE, R.; CHAMBRY, É. (1972). *Plutarque. Vies. Tome VII. Cimon-Lucullus / Nicias-Crassus*. París: Les Belles Lettres.
- GOMME, A. W.; ANDREWES, A.; DOVER, K. J. (1956a). *A Historical Commentary on Thucydides. Vol. 2: Books II-III*. Oxford: Clarendon.
- (1956b). *A Historical Commentary on Thucydides. Vol. 3: Books IV-V, 24*. Oxford: Clarendon.
- (1970). *A Historical Commentary on Thucydides. Vol. 4: Book V (25)-VII*. Oxford: Clarendon.
- HANSON, V. D. (2009). *The Western Way of War*. Berkeley: UCP.

- HORNBLOWER, S. (1991). *A Commentary on Thucydides. Vol. 1: Books I-III*. Oxford: Clarendon.
- (1996). *A Commentary on Thucydides. Vol. 2: Books IV-V.24*. Oxford: Clarendon.
- (2008). *A Commentary on Thucydides. Vol. 3: Books 5.25-8.109*. Oxford: OUP.
- HUNT, P. (2006). «Warfare». En RENGAKOS, A.; TSAKMAKIS, A. (eds.). *Brill's Companion to Thucydides*. Leiden: Brill, p. 385-414.
- HUNTER, V. (1986). «Thucydides, Gorgias, and Mass Psychology». *Hermes* 114, p. 412-29.
- JORDAN, B. (2000). «The Sicilian Expedition Was a Potemkin Fleet». *CQ* 50, p. 63-79.
- KONSTAN, D. (2006). *The Emotions of the Ancient Greeks: Studies in Aristotle and Classical Literature*. Toronto: UTP.
- KRENTZ, P. (1985). «Casualties in Hoplite Battles». *GRBS* 26, p. 13-20.
- LIEBESCHUETZ, W. (1968). «Thucydides and the Sicilian Expedition». *Historia* 17, p. 289-306.
- LOSADA, L. A. (1972). *The Fifth Column in the Peloponnesian War*. Leiden: Brill.
- MENDOZA, M. (2019). *La impiedad de Alejandro*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares.
- (2023). «Alexander the Undertaker: Persians, Bactrians, and *ataphoi*». *Studia Hercynia* 27, p. 65-87.
- MUCCIOLI, F. (2000). «La critica di Plutarco a Filisto e a Timeo». En VAN DER STOCKT, L. (ed.). *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch. Acta of the IV<sup>th</sup> International Congress of the International Plutarch Society*. Lovaina-Namur: Peeters, p. 291-308.
- OOST, S. I. (1975). «Thucydides and the Irrational: Sundry Passages». *CPh* 70, p. 186-96.
- PATERA, M. (2013). «Reflections on the Discourse of Fear in Greek Sources». En CHANIOTIS, A.; DUCREY, P. (eds.). *Unveiling Emotions II: Emotions in Greece and Rome: Texts, Images, Material Culture*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, p. 109-34.
- PAUL, G. M. (1987). «Two Battles in Thucydides». *EMC* 31, p. 307-12.
- PELLING, C. B. R. (1992). «Plutarch and Thucydides». En STÄDTER, P. A. (ed.). *Plutarch and the Historical Tradition*. Londres: Routledge, p. 10-40.
- PICCIRILLI, L. (1990a). «Nicia in Filisto e in Timeo». *RFIC*, p. 385-90.
- (1990b). «Nicia in Plutarco». *AALig* 47, 351-68.
- POWELL, C. A. (1979). «Religion and the Sicilian Expedition». *Historia* 28, p. 15-31.
- PRITCHETT, W. K. (1974). *The Greek State at War. Part II*. Berkeley: UCP.
- (1979). *The Greek State at War. Part III*. Berkeley: UCP.
- (1985). *The Greek State at War. Part IV*. Berkeley: UCP.
- ROISMAN, J. (1993). *The General Demosthenes and his Use of Military Surprise*. Stuttgart: Steiner.
- ROMILLY, J. DE (2017). «La crainte dans l'oeuvre de Thucydide». En ROMILLY, J. DE (ed.). *L'invention de l'histoire politique chez Thucydide*. Paris: Éditions Rue d'Ulm, p. 223-29.
- ROOD, T. (2006). «Objectivity and Authority: Thucydides's Historical Method». En RENGAKOS, A.; TSAKMAKIS, A. (eds.). *Brill's Companion to Thucydides*. Leiden: Brill, p. 225-49.
- STYLIANOU, P. J. (1998). *A Historical Commentary on Diodorus Siculus. Book 15*. Oxford: Clarendon.
- THOMPSON, W. E. (1971). «Thucydides 2.65.11». *Historia* 20, p. 141-51.
- TORRES ESBARRANCH, J. J. (1990-92). *Tucidides. Historia de la Guerra del Peloponeso*. Madrid: Gredos.
- WEES, H. VAN (2004). *Greek Warfare: Myths and Realities*. Londres: Duckworth.
- WESTLAKE, H. D. (1941). «Nicias in Thucydides». *CQ* 35, p. 58-65.
- (1968). *Individuals in Thucydides*. Cambridge: CUP.